

**Lección No. 18 (21): EL SIGNO EXTERIOR DE LOS EVANGELIZADOS**  
*Cuando han aceptado el Mensaje se unen en torno a Cristo*

**77. BÚSQUEDA DE LA UNIDAD**

San Paulo VI se ocupa en este apartado de predicarnos el ecumenismo, un Movimiento nacido bajo la acción del Espíritu Santo, que se ocupa de promover la unidad de fe y de comunión entre la Iglesia Católica y las Comunidades cristianas divididas (*ne: impropriamente se le hace extender esta acción hasta las religiones no cristianas, eso es mediante otras vías, por ejemplo la Declaración "Nostra Aetate" del Concilio Vaticano II*).

Las diferentes confesiones cristianas no han olvidado, en medio de sus divisiones, la oración de Cristo al Padre: «*Que sean todos uno, a fin de que el mundo crea que Tú me enviaste*» (Jn 17, 21).

Un deseo enfáticamente expresado por el Señor que nos deja entrever la pena inmensa que en la noche del Jueves Santo embargaba su Corazón Sacratísimo cuando, en víspera de su pasión y muerte, a sus divinos ojos aparecía el futuro de los suyos divididos muchas veces, más por disensiones de fe, por la humana tendencia hacia partidarios en derredor a dirigentes cristianos, en vez de reunirse todos en torno a Cristo.

El movimiento ecuménico (*ne: del griego οἰκουμηνικός oikoumene = "lo habitado", esto originalmente es contraposición de lo desierto, pasa a significar "el mundo habitado" "la totalidad del género humano", y de este modo viene a tener semejanza de significado universal en analogía con "católico"*) surgieron, sin embargo, tardíamente en el pasado siglo XX, y curiosamente todas las Confesiones contribuyeron hacia esta reunión.

De esta manera, puede fijarse el año 1920 como fecha de realizaciones concretas en tal sentido. Los protestantes y los anglicanos ya tenían constituido antes el "Consejo Ecuménico de Iglesias" (*ne: que hay que decirlo, no tenía el sentido de frente común anticatólico*).

En el mismo año la Iglesia Ortodoxa de Constantinopla envió una encíclica a todas las Iglesias del mundo, invitándolas a manifestar fraternidad y solidaridad entre ellas, lo que vino a producirse manifiestamente en la Conferencia de Rodas (Grecia) en 1931, donde trataron de ajustar su propia unidad.

En la Iglesia Católica el ecumenismo toma carácter oficial en el pontificado del Papa San Juan XXIII. Sin embargo, era ya una realidad desde mucho antes.

Entre 1921 y 1925 se realizaron conversaciones en Malinas por iniciativa del padre Portal y del Lord Halifax bajo la presidencia del Cardenal Mercier, entablándose así el diálogo con la Iglesia Anglicana.

En 1925 Dorm Lambert Beaudin fundó el Priorato de la Unión en Chevetogne; en 1926 el padre Dumont fundó "Ustina". Estas dos

instituciones, dedicadas oficialmente a los contactos ecuménicos con el oriente cristiano, desempeñaron un papel importantísimo extendiendo el interés ecuménico al conjunto de aperturas que llamamos "ecumenismo".

En 1933 el abate Couturier comenzó en Lyon su oración por la unión de los cristianos. En 1937 el padre Congar publica la obra literaria "*Cristianos desunidos*", la que durante veinte años habría de ser la única carta teológica del ecumenismo católico.

En 1939 se fundó en Alemania el Movimiento "*Una Santa*". Mientras en oriente progresaba el diálogo católico-ortodoxo. Por otra parte el Santo Oficio (ne: hoy la Congregación para la Doctrina de la Fe) publica "*Mortalium animos*" en 1928 y "*Ecclesia Catholica*" en 1959, que son estímulos y llamadas a la prudencia en el movimiento ecuménico.

Pero la creación del Secretariado para la Unidad, bajo la presidencia del Cardenal Bea en 1960 y, sobre todo, la publicación del Decreto "*Unitatis Redintegratio*" (ne: *Reintegración de la Unidad*) en el Concilio Vaticano II en 1964, manifestaron con vigor la actitud de "*conversión ecuménica*" dentro de la Iglesia Católica.

La Iglesia Católica reconoce en el ecumenismo un auténtico movimiento que viene del Espíritu Santo, le asigna como fundamento la obediencia a la Sagrada Escritura, espera de él un mejor testimonio ante todas las naciones de Cristo y del Cristianismo para así dar un mejor servicio al mundo.

Así pues, el ecumenismo, con fuerte aportación por parte de la Iglesia Católica no ha sido sin embargo algo exclusivo suyo, sino que, por el contrario, a él han contribuido desde su comienzo prestaciones tanto de parte de los protestantes, en sus diferentes confesiones, como de anglicanos y de ortodoxos.

Tan sorpresivo es en su inicio casi simultáneo por parte de todos, y tan rápidos sus progresos si se toma en cuenta los signos de completo aislamiento, que el Vaticano II expresa: «*El Concilio desea que las iniciativas de los católicos avancen conjuntamente con las de los hermanos separados, sin que pongan obstáculos a las mociones del Espíritu Santo, en el cual el Concilio pone toda su esperanza*» (ne: *Distintos Documentos del Concilio Vaticano II hablan al respecto, no sólo Unitatis Redintegratio, también Gaudium et Spes. El Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos organizó un simposio al respecto en el 2004*).

El Proemio (ne: del griego προοίμιον = introducción) de Unitatis Redintegratio no es menos expresivo: «*Promover la restauración*" de la unidad entre todos los cristianos es uno de los principales propósitos del Concilio Vaticano II. Porque una sola es la Iglesia fundada por Cristo Señor; muchas son, sin embargo las Comunidades cristianas que así mismas se presentan ante los hombres como la verdadera herencia de Jesucristo; todos se confiesan discípulos del Señor, pero sienten de modo distinto y siguen caminos diferentes, como si Cristo mismo estuviera dividido. Esta división contradice abiertamente la voluntad de Cristo, es escándalo para el mundo y daña a la causa santísima de la predicación del Evangelio a todos los hombres» (UR, 1).

mos a convencer al mundo de amor, paz, unidad, salvación, si ese mismo mundo nos contempla divididos por rencores, luchas, disensiones y por fuerza, condenación por parte del Divino Fundador?

Pero...diremos como María en la Anunciación, «¿cómo puede ser esto?» (Lc 1, 34). Porque parecen irreconciliables la prudencia en defender la verdadera fe frente al error y el diálogo convincente; la prudencia de no verse envuelto en el error y la riesgosa aventura de hablar de religión.

Podríamos decir que en esto, siguiendo el principio establecido por Jesús:

*«Mirad que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas» (Mt 10, 16).*

Así como los evangelizadores tienen a su cargo la evangelización de todos los hombres en el mundo, también la tienen en cuanto a volver al redil a fin de que se realice el deseo de Cristo Buen Pastor:

*«También tengo otras ovejas, que no son de este redil, también a éstas tengo que llevarlas y escucharán mi voz: habrá un solo rebaño, un solo Pastor» (Jn 10, 16).*

Los hermanos separados no son ajenos a Cristo y su Evangelio, como los demás que no conocen a Cristo y que no han recibido la fe ni el bautismo. Son pues, verdaderamente ovejas fuera del único redil, que esperan ser conducidos dentro de la única Iglesia.

Una vez más, ¿cómo? Con sencillez y prudencia: sencillez que haciendo a un lado cualquier sentimiento de privilegio, hable de amor, comprensión, paciencia; espera para que encuentren la verdad quienes heredaron o cayeron en el error; prudencia para abstenernos de la exposición a lo que no podemos; prudencia sin jactancia, prudencia con humildad y cabal sentido de nuestras limitaciones.

Prudencia que tenga delante de sí el ejemplo de San Pedro, quien imprudentemente –no por malicia– se expuso y cayó por confiar imprudentemente en sus fuerzas (Mt 26, 69-75).

El Vaticano II es claro en esta enseñanza: *«Este sagrado Concilio exhorta a los fieles a que se abstengan de toda ligereza o celo imprudente que puedan perjudicar el progreso de la unidad. Porque la acción ecuménica de los fieles tiene que ser plena y sinceramente católica, es decir, fiel a la verdad que recibimos de los Apóstoles y de los Padres (ne: Padres de la Iglesia, los Apostólicos, los de Oriente, los de Occidente, etc.), y tendiendo al mismo tiempo hacia la plenitud con que el Señor desea que se perfeccione su Cuerpo en el curso de los tiempos» (UR, 24).*

En necesarísimo conocer la bondad y virtudes de nuestros hermanos separados y cómo en ellos también se realiza, aunque incompleto, el Reino de Dios; obran en ellos la fe, aunque parcialmente alterada, los santos Sacramentos, aunque parcialmente utilizados y recibidos; el estudio de la Biblia, aunque en ocasiones alterada o falta del Magisterio de la Iglesia.

*Derechos reservados, prohibida su reproducción por cualquier medio*

El Concilio se refiere a todo esto en los términos siguientes: Las Iglesias y Comunidades eclesiales que se separaron de la Sede Apostólica Romana, bien en aquella gravísima crisis que comenzó en el Occidente ya a finales de la Edad Media, bien en tiempos posteriores, están unidas con la Iglesia Católica por particular relación y afinidad a causa de haber vivido durante mucho tiempo en siglos pasados la vida cristiana en la comunión eclesiástica... Hay que reconocer, ciertamente, que entre estas Iglesias y Comunidades y la Iglesia Católica hay discrepancias muy importantes, no sólo de índole histórica, sociológica, psicológica y cultural, sino, ante todo, de interpretación de la verdad revelada.

Más para que, a pesar de estas dificultades, pueda establecerse con mayor facilidad el diálogo ecuménico, en los siguientes párrafos trataremos de ofrecer algunos puntos que pueden y deben ser fundamento y estímulo para este diálogo:

**LA CONFESIÓN DE CRISTO:** Nuestra atención se dirige, ante todo a los cristianos que confiesan públicamente a Jesucristo como Dios y Señor y Mediador único entre Dios y los hombres, para gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Sabemos que existen graves divergencias con la doctrina de la Iglesia Católica aún respecto de Cristo, Verbo de Dios encarnado, y de la obra de la redención, y, por consiguiente, del misterio y ministerio de la Iglesia y de la función de María en la obra de la salvación.

Nos gozamos, sin embargo, viendo a los hermanos separados tender hacia Cristo como fuente y centro de la comunión eclesiástica. Movidos por el deseo de la unión con Cristo se ven impulsados a buscar más y más la unidad y también a dar testimonio de su fe delante de todo el mundo.

**ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA:** El amor, y casi culto, a las Sagradas Escrituras conduce a nuestros hermanos al estudio constante y solícito de la Biblia, pues el Evangelio:

*«es poder de Dios para salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego»* (Rm 1, 16).

**LA VIDA SACRAMENTAL:** Por el Sacramento del Bautismo, debidamente administrado según la institución del Señor y recibido con la requerida disposición del alma, el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorioso y se regenera para el consorcio de la vida divina. El Bautismo, constituye un vínculo sacramental de unidad, vigente en todos los que por él se ha regenerado. Sin embargo, el bautismo... es sólo el principio.

**LA VIDA CON CRISTO:** *«La vida cristiana de estos hermanos se nutre de la fe en Cristo y se robustece con la gracia del Bautismo y con la palabra de Dios oída. Se manifiesta en la oración privada, en la meditación bíblica, en la vida de familia cristiana, en el culto de la comunidad congregada para alabar a Dios. Por otra parte, su culto presenta a veces elementos valiosos para alabar a Dios. Por otra parte, su culto presenta a veces elementos valiosos de la antigua liturgia común»* (UR 19,20,21,22,23).

La búsqueda de la unidad es, también labor del evangelizador.

## 68. SERVIDORES DE LA VERDAD

Cuando Santo Tomás se siente en la necesidad de pedirle al Señor que, de una vez por todas, les aclare cómo va a ser todo en adelante con el fin de saber a qué atenerse, pues Jesús acababa de decir:

*«Y a donde Yo voy sabéis el camino» (Jn 14, 4)*

Tomás nos hizo un gran servicio: dar lugar a que nuestro Maestro acabara de orientar nuestra conducta, pero no solo eso, sino además la razón de ella y el fin de ella; nos deberíamos comportar, si, de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, pero ¿por qué? ¿para qué?

La pregunta de Tomás es tajante, de esas que se hacen cuando se siente que ya no habrá otra oportunidad de hacerla, pues las palabras del Señor en la Última Cena sonaban francamente a despedida:

*«Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» (Jn 14, 5).*

Se le nota la completa ignorancia, pero al mismo tiempo el deseo urgente de salir de ella.

La contestación de Cristo nos sirve a todos:

*«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6).* Ahí se satisfacen todas las preguntas.

**EL CÓMO :** *«Jesús es el "Buen Pastor que va delante» (Jn 10, 4 )*

*«Cuando ha sacado sus ovejas, va delante de ellas, y sus ovejas le siguen, porque conocen su voz(Jn 10,4).*

No había camino alguno hasta el advenimiento de Cristo: todos los caminos se habían cerrado para llegar al Padre por causa del pecado original. Pero llega Cristo y, con su vida y ejemplo, se pone como Buen Pastor a la cabeza de su rebaño y de este modo Él va abriendo brecha, va marcando el camino y sus corderos no tienen nada más que seguirle en medio de las confusiones del mundo.

**EL POR QUÉ:** por una sola razón: por razón de la verdad, porque el pecado original fue causado por la mentira:

*«Seréis como Dioses» (Gn 3, 5) y sus frutos de amargo engaño: «He aquí que el hombre, ha venido a ser como uno de Nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal» (Gn 3, 22).*

**EL PARA QUÉ:** El que llega a conocer a Jesús le ama, y en amándole le sigue, y en siguiéndole le imita, y en imitándole, llega al conocimiento de la Verdad por la inhabitación del Espíritu Santo dentro de él.

*«Si me amáis, guardáis mis mandamientos; y Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vo-*

*sotros le conocéis, porque mora con vosotros y en vosotros está... Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él... os he dicho estas cosas estando entre vosotros. Pero el paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que Yo os he dicho» (Jn 14, 15-17; 23; 25-26).*

De tal modo se ve en todo esto la acción conjunta de la Santísima Trinidad que es evidente su Unidad; pero, particularmente, notamos que todas tres trabajan dentro de quien las recibe a favor de la verdad; de esa de la que rechaza el mundo, la Verdad Eterna contra la que trabajó para aniquilarla Satanás, el Príncipe de este mundo.

*«Vuestro padre es el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste fue homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis» (Jn 8, 44-45).*

Jesús dice ser Él, el Camino, la Verdad y la Vida, pero todo esto se encierra resumidamente en la Verdad; verdad es que Él nos conduce a la Verdad; verdad es que sólo en la Verdad Eterna hallaremos nuestra felicidad, nuestro fin, nuestra realización. Todo lo que fuera de esto se diga es mentira, y con ella es muerte eterna.

El Apóstol San Juan se ocupó más que ningún otro Apóstol a este respecto de definir la división y enorme, infinita distancia en que se coloca el que se sigue la verdad del que abraza la mentira:

*«Queridos, no os fíes de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido de la carne, es de Dios y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios, ese es, el Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir, pues bien, ya está en el mundo. Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido, **Pues el que está en vosotros es más grande que el que está en el mundo.** Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y su espíritu del error» (1 Jn 4, 16).*

Una vez que hemos definido cuál es esta Verdad que ha de contener la proclamación del Evangelio, y a la cual el proclamador del Evangelio le corresponde permanecer siempre fiel, conviene resumir los distintos aspectos de la Evangelización con objeto de facilitar al evangelizador sus tareas. Estos son:

- a) Es verdad que Dios te ama que tu existencia es producto de una decisión libre y espontánea de tu Creador por vía de afecto, quien te quiso hacer partícipe de sus perfecciones: de ser, de la vida, la inteligencia,

cia, la voluntad, la memoria, por tanto del entender, querer y tener presente al recordar; con libertad de decidir, que te hizo superior a todas las demás criaturas corpóreas para que tú las ordenaras y les dieras sentido en su existencia, orientándolas a la mayor gloria de su Creador, de cuya Vida ellos participan.

- b) Que por vía del pecado entró el desorden en el mundo, de manera que el plan primitivo de la Creación se alteró: el hombre se envileció, sus facultades se atrofiaron, la Vida Divina le fue retirada, la inteligencia y la voluntad disminuidas y desviadas del bien hacia el mal, quedando sujeto al dolor, la enfermedad y la muerte, habiendo sufrido además la rebelión de todos los demás seres que le estaban sujetos y por ello, la naturaleza le negó su servidumbre y el alimento que antes espontáneamente le ofrecía, por lo que la procuración del alimento y el abrigo significaron para él trabajo y esfuerzo.

Las bestias se volvieron contra él desconociéndolo como ser superior y dirigente pacífico de ellas. Y sobre todo esto, quedó establecida la rivalidad del hombre contra el hombre, llevados del orgullo, la envidia y el odio que vinieron a sustituir al amor.

Que Dios compadecido de la humanidad, no la abandonó, por el contrario, determinó salvarla, para lo cual estableció desde el momento mismo de la caída el Plan de la Salvación, para cuyo logro no perdonó ni a su Hijo, a quien decidió enviar para que asumiendo la naturaleza humana en cuanto Dios sus méritos tuvieran alcance infinito, y en cuanto hombre fuera capaz de sufrir pasión, muerte, y al efectuarse su resurrección en Él toda la naturaleza humana, todo el género humano por consiguiente, volvieran a adquirir la inmortalidad y la felicidad en Dios, que es su original destino.

- c) Que en efecto, el Hijo de Dios, igual al Padre en Naturaleza Divina desde la eternidad, comenzó a ser verdadero hombre por haber asumido la naturaleza humana mediante el Misterio de la Encarnación en las purísimas entrañas de la Virgen María, quedando ella Virgen para siempre, la que había sido previamente y en vista a los méritos de su Hijo, concebida sin la mancha del pecado original.

Que el Hijo de Dios, a quien una vez hecho Hombre llamamos Jesús, Cristo o Jesucristo, es el Elegido o "*Ungido*" anunciado por los Profetas.

Verdadero Hijo de Dios, para ser Príncipe de la Paz, Rey Eterno y Universal, en quien todas las cosas han quedado sometidas para el bien; Modelo de hombre perfectísimo; Redentor de la humanidad por haber padecido verdadera pasión y muerte; Glorificador de la raza humana por cuanto en su carne todos hemos resucitado y habremos a nuestro tiempo de resucitar a eterna vida y felicidad.

Justísimo Juez que, después de haber sido nuestro Maestro, Modelo y Ejemplo perfectísimo, después de habernos redimido y glorificado en Él, vendrá a premiar o condenar como Rey inmortal de los siglos, para dar a cada uno según sus méritos y actos felicidad o sufrimiento sin fin.

- d) Que después de corto tiempo, en que resucitado y glorificado y como

hombre realmente vivo, se manifestó a sus discípulos, subió al cielo por su propia virtud, de donde ha de volver para juzgar a la humanidad al final de los tiempos. Que, a fin de auxiliarnos para la aplicación de sus méritos en vía de nuestra salvación, fundó su Iglesia para que fuera continuadora de su obra salvífica por medio de la oración, los Sacramentos y las buenas obras nuestras acompañadas de la gracia divina, para lo cual, antes de su Ascensión estableció una Jerarquía que se ocupara de la enseñanza, gobierno y santificación, dando el poder a los Apóstoles para que por ellos fuera trasmitido a sus sucesores a través de los siglos hasta el final de los tiempos; que por tanto, fuera de la Iglesia única fundada por Cristo no hay salvación (*no confiando en la Infinita Misericordia Divina que ve el interior de los corazones de los que no son miembros de ella*), pudiendo pertenecer a ella quienes, sin otra oportunidad sinceramente buscan la verdad de Dios, lo que se llama "estar en el espíritu de la Iglesia".

Que poco después de su Ascensión envió al Espíritu Santo «Señor y dador de Vida» que «procede del Padre y del Hijo», «de la misma Naturaleza del Padre y del Hijo». Uno eternamente con el Padre y con el Hijo, que «es adorado simultáneamente con el Padre y el Hijo».

Es el Dador de todo bien, pródigo en fortaleza, ciencia, amor, bondad, y toda virtud sobrenatural; cuya venida y obra fueron también anunciadas por los Profetas y son realizadas por sus siete dones o carismas.

Es Dios y a la vez nuestro Consuelo y Abogado ante el Padre y el Alma de la Iglesia que, fundada por Jesucristo, del Espíritu Santo recibe la Vida a partir del día de Pentecostés.

e) Que las tres Divinas Personas habitan dentro de nosotros por la gracia, produciendo en nosotros frutos de Vida y Santidad, sin cuya ayuda nada podemos hacer; que de esta manera nos convertimos auténticamente en templos vivos de Dios.

Que les llevamos dentro de nosotros al mundo para que por nuestros actos se verifique la salvación del mundo, su transformación de mundo bajo el poder de Satanás, Príncipe de las Tinieblas en el Reino de Dios que ya tiene su principio desde ahora dentro de nosotros mismos todos los que aceptamos su Ley.

Que de este modo se ha realizado en el hombre el sueño original de Adán el que concibió por sugerencia del demonio: «*seréis como dioses*». Solo que esta realidad se ha hecho, no por vía de soberbia y la desobediencia fruto del engaño, sino por vía de la humildad, la servidumbre a Dios y el amor, fruto de la Verdad.

Sólo falta la venida final de Jesús, justo Juez, a quien los suyos claman de continuo: «*Ven, Señor Jesús, ven*» (Apoc 22, 20).

No es dable al evangelizador traicionar la Verdad ni en la mínima de sus partes, por cuya confesión, debe estar dispuesto a ofrendar todo, hasta su vida.

Ante todo debe proclamarla por ejemplo de una fe viva y operante que no deje dudas de lo que cree y de lo que espera, no por sus méritos, sino por el Amor de Dios.

*Derechos reservados, prohibida su reproducción por cualquier medio*